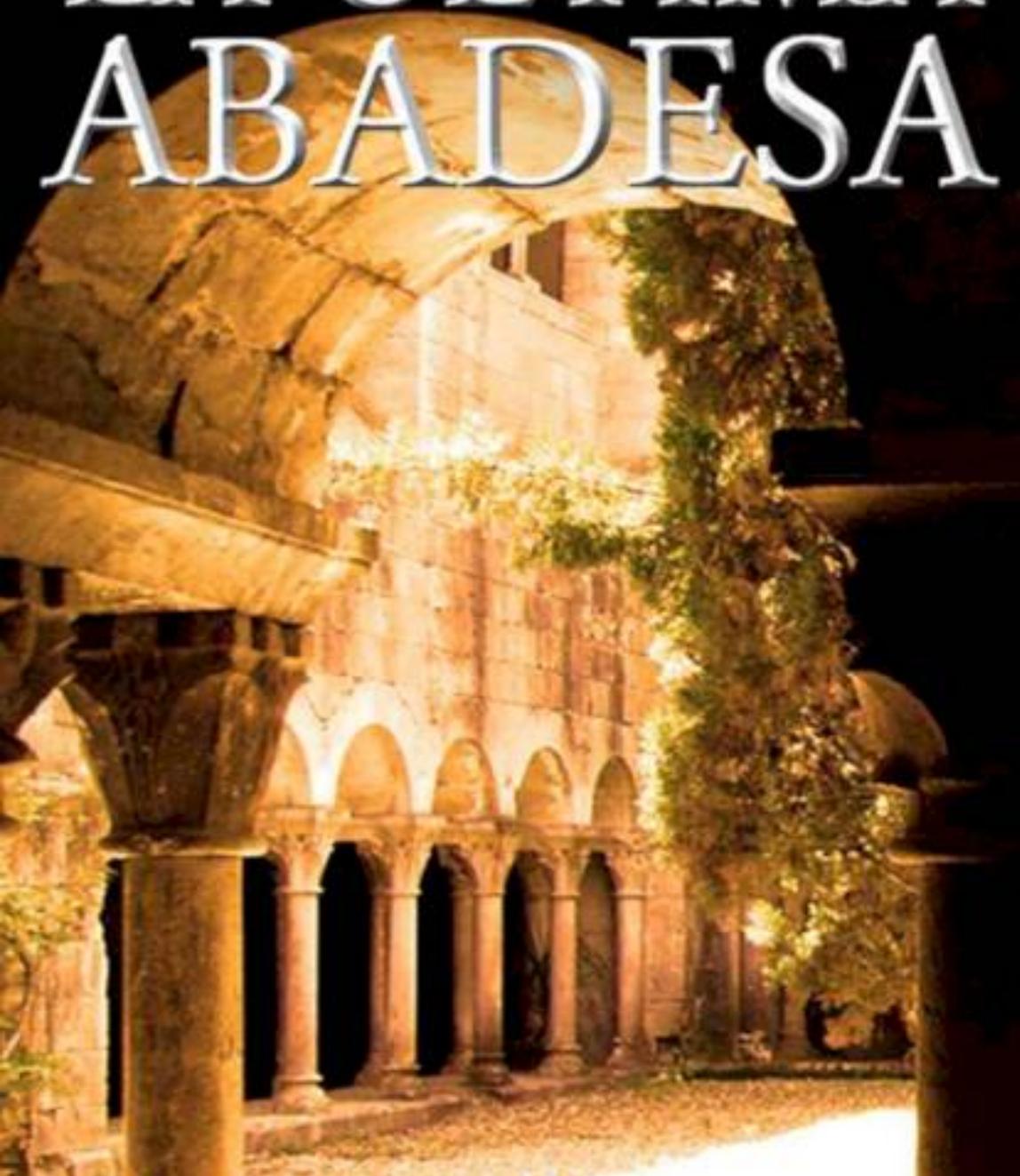


JUAN KRESDEZ

LA ÚLTIMA
ABADESA



La última abadesa es una novela histórica donde todas las pasiones humanas tienen su mejor exponente. Intrigas políticas, ambiciones desmedidas, crueldades inútiles, traiciones y amor encuentran cabida en una época crucial para la historia de Cataluña. Una obra donde se muestra cómo se destruye a una mujer solamente por ser eso: mujer, emprendedora e inteligente.

Al finalizar el siglo X, Ingilberga, hija bastarda del conde de Besalú y Cerdanya, Oliba Cabreta, es nombrada abadesa de Sant Joan Bautista de Ter (hoy en día Sant Joan de las Abadesses, municipio de Girona), abadía benedictina fundada por Guifré el Pilos o el Velloso, para su hija Ema. Ingilberga, continuando la obra de sus antecesoras, engrandece el patrimonio de la abadía y repuebla con éxito el valle del Sant Joan, que llega a tener más de mil habitantes en los principios del siglo XI, lo que atrae la envidia de sus hermanastros, sobre todo, de Bernat Tallaferro, quien, empeñado en conseguir un obispado para el Condado de Besalú, pone los ojos en la abadía de Sant Joan. Convencido que ese rico patrimonio hará que el Papa se incline a concederle el obispado para su hijo segundo, empeña su vida en conseguir ese objetivo: apropiarse de la abadía y sus fabulosas riquezas. Al tiempo que Ingilberga continúa engrandeciendo la abadía y se defiende con tesón y tenacidad, su hermanastro dilapida su patrimonio y esquilma a los *pagesos* en busca de voluntades que apoyen su proyecto. En esta virulenta confrontación cada personaje pone de manifiesto sus instintos y cualidades. Es el combate de la avaricia de una parte contra la honra por la otra.

Este es un recorrido por el final del siglo X y principios del XI, donde los hombres más importantes de la denominada «Marca Hispánica», hoy Cataluña, se muestran con toda

su crudeza. Para colmo de males, todos son de la misma familia. Con una profunda ambientación histórica y costumbrista, los personajes, la mayoría reales, muestran al desnudo sus almas y sus vidas, enfrentamientos, envidias, amores, ambiciones, filias y fobias, todo en un periodo de beligerantes relaciones con el Califato de Córdoba en sus últimos estertores antes de su definitiva desaparición al disgregarse en los Reinos de Taifas. La novela pone de manifiesto también el desprecio de los condes por el pueblo llano, la explotación de las gentes de la forma más denigrante. Es lo que lleva sin remedio al nacimiento del famoso y popular mito del conde Arnau, una sutil venganza del pueblo contra esos nobles que lo oprimieron.

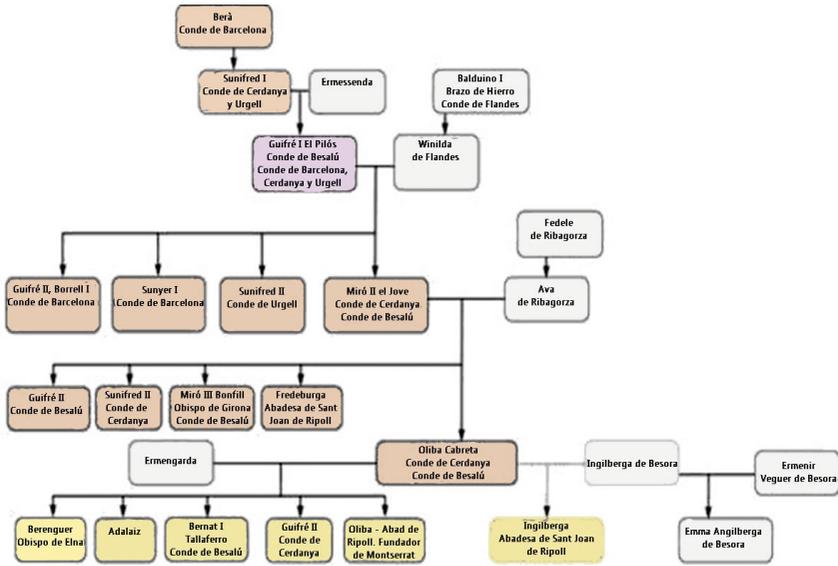
A Mariano Valle López,
que me abrió los ojos literarios al decirme:
«Busca en la despensa de la Historia».

Condados catalanes S. IX

Mapa



Esquema



Primera parte

Capítulo 1

Oliba Cabreta, mediada la mañana de un día de primavera, desde el adarve del castillo de Besalú, miraba distraído hacia el valle del río Fluviá. Rememoraba acontecimientos de su vida como un involuntario acto de contrición. Unos le hicieron sonreír; otros, con ácida amargura, se le presentaron acusadores; los más le enorgullicieron y, al intentar buscar los momentos en que disfrutó feliz de la vida, solamente encontró uno: el corto periodo de convivencia con la mujer que fue su gran amor, Ingilberga de Besora. En ese mismo instante una figura a lo lejos llamó su atención.

Durante unos minutos la contempló abstraído hasta que la reconoció. Era su hija, el fruto de aquel amor. El corazón le dio un vuelco. Bajó a la plaza de armas y envió en su busca.

Joan Costa montado en su caballo, salió del recinto del castillo, cruzó la ciudad y, por la puerta sur, se encaminó a la ribera del Fluviá.

—¿Qué haces aquí, tan lejos de casa?

Ingilberga agachada y con el pelo volcado sobre la cara se incorporó, al sacudir la cabeza descubrió las mejillas rojas por los rayos del sol y con alegría juvenil sonrió. Dos filas de nacarados dientes y los labios jugosos y femeninos deslumbraron al intruso que la importunaba.

—Recogiendo flores. ¿No lo ves?

—A tu padre le preocupa que te alejes del castillo y más aún, que andes correteando sola por los campos.

—¡Son tan bonitas las flores! ¡Ellas me hablan al corazón!

–Ya tienes suficientes. Regresemos.

Joan desmontó del caballo para acomodar el paso al de la joven y emprendieron el regreso hacia Besalú. El canto de los pájaros y el zumbido de las abejas, cargándose con el polen de las flores, los acompañaba.

–Cuéntame cómo te nombró caballero mi padre –pidió de improviso Ingilberga y se abanicó con el ramillete de flores para espantar las moscas.

Joan la miró con el entrecejo fruncido. Entendió que se estaba burlando y para que no le viese la cara se agachó sobre una zarza, arrancó un espárrago y se puso a mordisquearlo.

–Lo has escuchado en infinidad de ocasiones.

–Pero nunca contado por ti... ¿y si lo que he oído fuese mentira? –sonrió la joven y le puso las flores bajo la nariz–. Huele...

Joan se rindió ante los ojos de miel que le miraban con el candor de las flores que ella adoraba.

–¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

–Quiero escuchar por tu boca lo ocurrido el día en que salvaste la vida a mi padre en el fragor de la batalla. Cómo le quitaste al infiel el caballo y cómo montado encima y con la misma espada del hereje mataste más sarracenos que ninguno.

–¿Y qué más cosas quiere saber la más hermosa y encantadora dama del Condado de Besalú?

Joan, incapaz de resistirse, sonrió e hizo una profunda reverencia delante de la muchacha.

–¡Todo! ¡Venga cuéntalo!

–¿Te acuerdas del año en que Almanzor arrasó Barcelona?

–¡Quién no recuerda aquella desgracia! Almanzor – ¡qué Dios despelleje!– rompió la tregua pactada con el conde Borrell y atacó la ciudad. Utilizó máquinas infernales, demolió las murallas y, una vez dentro, hizo cosas que

solo los diablos pueden concebir, derrumbó las casas, quemó las iglesias y mató a cuantos encontró dentro.

—Nunca debiéramos olvidar a esos herejes y el odio con que entran en nuestras tierras.

—¡Pero, Joan, si aún se cuentan en las noches, al amor de la lumbre, los crímenes que cometieron! Todavía en la iglesia rezamos por la suerte de los prisioneros que se llevaron. Por el abad Joan, por los monjes de Sant Cugat, por el arcediano Arnulf, por el juez Arús, y también por los pobres que cogieron para vender como esclavos.

—El conde Borrell, que por milagro pudo escapar a uña de caballo de aquella, un año después, convocó a todos los condes y caballeros y emprendió de nuevo la guerra. Tenía que recuperar la ciudad y expulsar a los moros que se habían hecho los dueños. Corría el año 986 y tu padre acudió con su gente. Durante los combates no hubo brazo más fuerte. ¡Fue la encarnación de San Jorge! —Joan sacó la espada de la vaina y besó con fervor la cruz que formaban la empuñadura con la hoja. Ingilberga lo miró arrobada y esperó a que continuase—. En una de las arremetidas a las puertas de Barcelona, tu padre que luchaba en cabeza, se vio sorprendido por un moro que nadie vio de dónde salió. Le lanzó dos golpes con su espada y le destrozó el escudo. Tu padre arremetió con la fiereza de un león. Entonces, otro, montado en este mismo caballo que llevo de la brida, se precipitó contra él. Nadie podía defenderle ni parar el golpe. El único de los nuestros que se encontraba próximo era yo. Sin dudarlo me arrojé a la cabeza del animal, le sujeté por la brida y le forcé a girarse. El caballo se desequilibró y se encabritó. El sarraceno consiguió dominar a su montura e intentó aplastarme con los cascos. Con la jabalina que llevaba me defendí. Tuve suerte de encontrar un hueco y se la clavé al hereje en la barriga. Herido cayó al suelo y perdió el alfanje. Lo recogí y le corté la cabeza.

–¡Oh! –Ingilberga se ruborizó y se puso las flores delante de la cara para sustraerse de la mirada de Joan.

–En menos que se tarda en rezar un Padrenuestro, le quité la coraza de cuero y metal y me la coloqué. Embracé su escudo y monté en el caballo. Durante todo el día luché al lado de tu padre sin que me reconociese. Me confundió con un caballero.

–¿Por esa venturosa ocasión tan oportuna llegaste a ser uno de los caballeros que hoy sirven a mi padre? –la joven abrió mucho los ojos haciéndose la incrédula.

–El conde Borrell II, que se encontraba necesitado de hombres de armas, pues la mayoría de sus caballeros habían muerto o caído prisioneros en la toma de Barcelona el año anterior, mandó pregonar que a cuantos hombres se presentasen en su ayuda con caballo y armas para combatir, les otorgaría el nombramiento de homines de parático, hombres de paradge.

–¿Eso qué es?

–Pues lo que tú entiendes por caballero.

–Entonces, ¿fue el conde Borrell II quien te nombró caballero?

–No. Tu padre.

–¿Cómo? Si él no otorgaba el privilegio.

–Al terminar la jornada, cuando los moros se retiraron, tu padre me dio las gracias por haberle librado de una muerte segura y por haber combatido a su lado durante todo el día. Me puso una mano en el hombro y me preguntó a qué condado pertenecía y con qué conde servía como caballero. Me destoqué del casco que tenía puesto y quise decirle: Soy Joan, vuestro siervo. Pero en vez de mirarme a la cara se fijó en la coraza y en las armas moras que llevaba. Me confundió con uno de los caballeros del condado de Urgell que están siempre luchando en la frontera.

–¡Qué desilusión se llevaría! –sonrió Ingilberga.

—En verdad que fue para él una sorpresa. Me miró de arriba abajo y me tocó como si quisiera asegurarse que los ojos no lo engañaban. Muy serio y ante mi asombro me dijo: Si el conde Borrell II otorga el título de caballero a quien se presenta con un caballo, yo no seré menos.

—¿Sin otra ceremonia?

—Me abrazó. Estaba emocionado y me besó en ambas mejillas. Me entregó una espada de las nuestras. Esta que llevo colgada. Esa noche cené con los demás caballeros en su tienda.

Joan bajó los ojos con humildad, como si quisiese decir: No tengo la culpa de nada. Ingilberga lo miró con arrobó y sonrió orgullosa, como si el privilegio se lo hubiesen concedido a ella. Había escuchado muchas habladurías que no hacían justicia a su amigo y la ofendían. Se habían difundido rumores sobre el nombramiento que el conde le había otorgado y más aún sobre el reparto del botín de aquella campaña. Oliba Cabreta había tratado a Joan como a un caballero más a la hora de distribuir lo aprendido y eso causó malestar. Se difundieron conjeturas para todos los gustos sobre el nacimiento y la paternidad de Joan que siempre mantuvo en secreto su procedencia. Se dio a entender que era uno de los vástagos que el conde había engendrado en el vientre de alguna joven y hermosa aldeana sobre la que se habría cobrado el derecho de pernada. Hasta Ermengarda, la esposa de Oliba Cabreta, admitía esa posibilidad como verdadera y, en los momentos en que su esposo desaparecía, no se reprimía para alertar a sus hijos sobre ese posible hermano bastardo.

Entraron en Besalú por la puerta sur y ascendieron hasta la iglesia del monasterio de Sant Pere. Ingilberga pasó dentro y depositó las flores delante de una imagen de la Virgen. Al salir, llevaba una sombra de preocupación en los ojos y se dirigió a su amigo que esperaba en la puerta con el caballo de la brida.

—¿Sabes que mi padre me hará ingresar en la abadía de Sant Joan Bautista de Ter? Seré monja y después abadesa, como mi tía Fredeburga.

—Sí.

—Cuando sea abadesa formaré un ejército y lucharé contra los moros. Los arrojaré al mar para que se los coman los peces.

—Las abadesas no van a la guerra.

—¿Por qué no? Los obispos tienen soldados y combaten como los condes. Se visten con armadura, tienen escuderos, llevan lanza y espada... —Ingilberga se quedó pensativa unos instantes mirando hacia el monasterio—. Y los abades, también.

—Son hombres.

—Me vestiré de hombre. Mi hermano Berenguer, que será el obispo de Elna, piensa combatir a los moros al lado de nuestro hermano Bernat.

Joan soltó una alegre carcajada. Le resultó imposible imaginársela ataviada con prendas masculinas y, mucho menos, enfundada en una cota de malla. Por muy ajustada que se la colocase para ocultarse, hasta las miradas más miopes apreciarían las formas femeninas y no habría caballero que no pensase primero en conquistar a tan atractiva amazona antes que enfrentarse al enemigo. Ingilberga adivinó los pensamientos de su acompañante por el brillo de sus ojos y se puso roja como una amapola.

—¡Tonto! ¡Todos los hombres sois iguales! —hizo un gracioso ademán para sacarle la lengua, pero se contuvo al ver llegar a su hermano Bernat a lomos de su caballo.

—¿Dónde habéis estado?

La pregunta con tintes de acusación consiguió enturbiar la mañana. Ingilberga tensó los músculos de la cara y respondió seca como una estera de esparto:

—¡A ti que te importa!

Bernat extendió el brazo diestro y apuntó con el índice a su hermana. Sin embargo, a la hora de hablar se dirigió

a Joan con acritud:

–¡Si le ocurriese algo a la niña, mi padre te desollaría como a un conejo y pondría tus carnes al sol hasta que se pudriesen!

–Ha sido tu padre en persona quien me ha enviado a buscarla.

La suavidad y la tranquilidad con que Joan respondió advirtieron a Bernat que se estaba metiendo en un terreno resbaladizo. Este hizo girar al caballo y atravesó la plaza en dirección al castillo. Joan le siguió con la mirada hasta que desapareció. Se preguntó si Bernat odiaba a su hermana, tenía celos de ella o deseaba poseerla como a una más de las jóvenes a quienes desfloraba a su antojo.

–Déjalo. Siempre anda buscando el modo de herirme
–Ingilberga arrugó la nariz e hizo un gesto despectivo con la mano. A continuación giró la cabeza y sonrió a Joan.

Sin alterar el paso cruzaron la plaza y entraron en el castillo.